

Para los navegantes del mundo moderno, posterior a la época de los descubrimientos renacentistas, la frontera del pánico se halla en las zonas polares, especialmente en la que conduce al Polo Sur. Hacia ésta se ve arrastrado el barco del personaje de Coleridge, pero asimismo, entre otros muchos, el de Benito Cereno en la narración de Melville o el del protagonista de *El manuscrito hallado en una botella* de Poe. Este último hallará refugio, precisamente, en las aguas polares, en la crepuscular nave de los ancianos que surca el océano entre la vida y la muerte.

Dejando de lado este cambio de coordenadas, los marineros de Coleridge, al igual que los de Homero o Apolonio de Rodas, se verán enfrentados a la temida alternancia del mar-caos y el mar-vacío. La calma no es mejor que la tempestad y en multitud de ocasiones resulta más terrorífica al poner al descubierto la burla insondable del mar. En palabras del anciano, una «borrasca, gigantesca y despótica» empujó la nave maldita hacia la ruta del Sur. El carácter destructivo de la tormenta planea sobre varios versos del poema. Pero más numerosos e intensos son aquellos dedicados a resaltar la malignidad de la bonanza que obliga a los marineros a permanecer inmóviles «como en una nave pintada». Sólo el cuadro de Caspar David Friedrich *El mar de hielo* logra reflejar en imágenes pictóricas lo que Coleridge obtiene con imágenes literarias. La tiranía del frío y del estatismo, unida a la fuerza espectral de «aquel mar de silencio», suscitan la percepción de un escenario limítrofe donde la naturaleza se desvanece para dar paso a sombrías presencias sobrenaturales. Melville sumergirá a su enfermizo Benito Cereno en una inmovilidad semejante y, en *La línea de sombra*, Conrad llevará la impasible quietud del mar a su máxima exasperación. La índole demoníaca de las calmas marinas, al revelar la impotencia del hombre ante el espacio vacío, parece hacer deseable, tanto para los marineros antiguos como para los modernos, la inminencia de tormentas.

El poema de Coleridge termina con versos memorables. Condenado el viejo marinero a seguir vagando por el mundo a la búsqueda de oídos elegidos para escuchar su historia, se nos dice que el receptor de ésta, el frustrado invitado a la boda,

se fue como aturdido,
como si el sentido le hubiera abandonado:
un hombre más triste y más sabio
se levantó al día siguiente.

Un estado de ánimo semejante podríamos atribuir al oyente de la historia contada en *Un descenso en el Maëlstrom*, la obra de Edgar Allan Poe que, a mi juicio, representa el más perfecto ejemplo de síntesis entre los tratamientos clásico y moderno de la aventura del mar. En el cuento de Poe se hallan presentes, como piezas admirablemente encajadas, el viaje de iniciación tradicional, con sus etapas de desafío, peligro y superación, y la travesía del inconsciente, con el mar, en este caso, elevado a «otredad» desconocida. En Poe, como unos años antes en Coleridge, el abordaje del *mare incognito*, con sus secuelas de temor y fascinación, aun asumiendo como materia prima los cánones tradicionales, deriva hacia lo que, refiriéndose al autor de las *Histo-*

rias extraordinarias, Lovecraft ha calificado de «comprensión de la base psicológica del atractivo del horror». Los héroes de Poe ya no reciben una gratificación mítica, ni se rigen por la moral o el gusto. Son sencilla y libremente exploraciones de regiones vedadas.

El Maëlstrom, el gran remolino situado ante las costas nordoccidentales de Noruega, reúne todos los ingredientes para ser una de estas regiones. Existe una leyenda gaélica, probablemente desconocida para Poe, que nos ofrece una curiosa versión del origen de la corriente de Maëlstrom o, como dicen los noruegos, del Moskoe-Strom. Aegir y su mujer Ran, los dioses del mar, hartos de comer alimentos crudos, excavaron un agujero en el fondo marino hasta llegar al centro de la tierra. Allí había un lago de llamas y enseguida el calor del fuego se propagó hacia la gran cazuela que Ran había preparado. Pronto el agua se puso a hervir, pero los dioses del mar tenían dificultades para mezclar adecuadamente los muchos peces, moluscos y crustáceos que habían capturado. Entonces Aegir asaltó el primer barco que se puso a su alcance, le arrancó el palo mayor y, utilizándolo a modo de enorme cuchara, removió con vigor aquella curiosa sopa de pescado. Los dioses marinos quedaron satisfechos, invitando a los demás dioses a una prolongada fiesta gastronómica. El problema fue que en la superficie del mar se formó un remolino descomunal que succionaba a todo tipo de objetos, embarcaciones y animales. Desde aquel momento los navegantes de los mares nórdicos temieron ser tragados por sus fauces. Ya espantosamente célebre recibió un nombre: el Maëlstrom, la corriente que mata.

Informado o no de esta leyenda, Edgar Allan Poe si conocía perfectamente la siniestra fama del Maëlstrom y, al igual que comprobamos en muchas otras de sus narraciones, había estudiado cuidadosamente las fuentes científicas, en especial la descripción realizada por Jonás Romus un siglo y medio antes. De ahí su cuidado por detallar la localización exacta: ante la costa de Noruega, a 68° de latitud, en la gran provincia de Nordland y en el lúgubre distrito de Lofoden. No menos minuciosa es la relación de los accidentes geográficos, particularmente de las islas que circundan al gran remolino, y del mirador en el que transcurre el relato, la cima de la montaña denominada Helseggen, cuya traducción, se nos dice, sería la Nebulosa.

Pero, tras sentar las bases de la verosimilitud, a la que daba tanta importancia para conseguir sus propósitos, Poe desarrolla, con calculada precisión, lo que se representa en el auténtico escenario: «El espectáculo más desolado y espantoso que ninguna imaginación humana hubiera podido concebir». Cesare Pavese ha creído adivinar en el *Benito Cereno* de Melville, concretamente en la jornada del capitán Delano a bordo del *Santo Domingo*, la sucesión de ciertos episodios del Purgatorio dantesco: escalada, duermevela, crepúsculos primaverales, visiones... Si nos permitimos el paralelismo, el Maëlstrom de Poe nos recuerda pronto una versión oceánica del Infierno de Dante. Gigantesco embudo hacia las entrañas del mar, el gran torbellino deja de ser un accidente de la naturaleza para convertirse en un anfiteatro universal cuyas

gradas acuosas son «murallas del mundo». El espacio empírico se disuelve para que el Maëlstrom lo ocupe todo, incluidos los pensamientos.

Tampoco el tiempo es empírico, encadenado a las manecillas del reloj. El tiempo interior del Maëlstrom, al igual que el tiempo de Dante durante su peregrinaje por los tres ultramundos, se dilata violentamente. Dante completa su extensísimo recorrido en el estrecho margen de veinticuatro horas, de Viernes Santo a Sábado Santo del año 1300. Para el protagonista de la historia de Poe el descenso por el Maëlstrom dura, según el reloj, seis horas. Pero el tiempo transcurrido es extraordinariamente mayor. -El suficiente para pasar de la plena juventud a la extrema ancianidad: «En las seis terribles horas que duró, mi cuerpo y mi alma se quebrantaron. Usted me cree muy viejo, pero no lo soy. Ha bastado la cuarta parte de un día para blanquear mi cabello, antes negro como el azabache».

No hay duda de que hay una experiencia que Poe ha querido diseccionar en la persona del viejo-joven pescador noruego. Y esta es la experiencia del horror. Pero para ello no ha elegido un relato meramente psicologista sino que ha recurrido a la estructura clásica de la aventura para analizar los recovecos interiores de la mente. Según esta estructura el protagonista, el pescador que junto con sus dos hermanos se ve atrapado por la corriente que mata, seguirá el ciclo de desafío, riesgo y superación que exige el comportamiento heroico. No es un héroe épico, sino un modesto pescador, pero según indica con orgullo, ha tenido «el valor necesario para arrastrar la aventura» y la suficiente ambición para arriesgar la vida en busca de la «pesca más abundante». Como consecuencia de su osadía se ve enfrentado a la más brutal de las pruebas: el Maëlstrom. Sin embargo, gracias a su habilidad y lucidez logra salvarse y, aunque sea a costa de acarrear las más graves heridas físicas y espirituales, accede a un conocimiento muy superior de sí mismo. Cumple, pues, la trayectoria deseable para el aventurero según la concepción tradicional.

Poe, desde luego, no se detiene aquí. Ha utilizado el marco clásico para poner de relieve lo que para él es fundamental: el Maëlstrom como escena limítrofe del espíritu. Al correr hacia el centro del horror, el pescador, que ve cómo su barco se destroza y cómo mueren sus dos hermanos, siente miedo, luego pánico y, finalmente, la más absoluta desesperación. Pero después, cuando ha renunciado a toda esperanza, su estado cambia: «En la boca misma del abismo comencé a serenarme, mirándolo todo con más sangre fría que antes; había renunciado a toda esperanza y quedé libre de una gran parte de aquel terror». En tal estado, desentendiéndose de lo que da por perdido, el pescador sólo parece interesarse por el mundo desconocido que le proporciona la percepción del horror. El espanto se vuelve curiosidad: «Pocos instantes después me sentí dominado por la más ardiente curiosidad respecto al torbellino; experimenté verdaderamente el *deseo* de explorar sus profundidades, aun a costa del sacrificio de mi vida».

Poe, a través de lo que él mismo ha llamado «el vigoroso placer del terror», coloca a su personaje en la trastienda de la conciencia, haciéndole experimentar el desborda-

miento del entendimiento de forma paralela a la extrema libertad de la imaginación. Kant, en *La Crítica del Juicio*, había llamado la atención sobre el goce estético de situaciones de este tipo, aunque ilustradamente comedido, aconsejaba desecharla. A Edgar Allan Poe le interesan sobremanera como vertientes subterráneas pero no menos decisivas, del conocimiento. Por eso su héroe, sumergido ya en el gran embudo de inmensa circunferencia, quiere, a pesar del completo desamparo en que se halla, participar activamente de lo que reconoce como *magnificencia terrorífica*: «Recobré el valor y quise contemplar otra vez aquel cuadro...; un magnífico arco iris, semejante a ese puente vacilante y estrecho que, según los musulmanes, es el único paso entre el Tiempo y la Eternidad».

Contra lo que quizá sería de esperar, la seducción abismal hace que el pescador, vencido el temor, tense al máximo las cuerdas de la percepción. Una lucidez nueva le permite observar a su alrededor de un modo distinto, como si habiendo viajado a la otra orilla del mundo se encontrara en condiciones de sopesarlo todo con inaudita frialdad. Poe parece sugerirnos que la experiencia del horror puede suministrar, también, la escala de salvación. Y el pescador se salva porque, tras agotar aquella experiencia, siente una confianza desconocida. Para superar la prueba le hace falta esta capacidad de decisión: «No vacilé más tiempo sobre lo que debía hacer: resolví atarme con toda confianza a la barrica a que estaba abrazado, largar el cable que la sujetaba y arrojarme al mar».

La audacia tiene su premio. El Maëlstrom, que lo ha engullido, lo vomitará con la misma fuerza hacia el exterior. Frente a los acantilados noruegos el naufrago será recogido por otros compañeros de pesca. Se ha salvado porque, como subraya Poe, en el momento oportuno ha sabido «ponerse en la corriente del Destino». Asimismo, porque ha sabido seguir un viejo consejo marinerero. Quien, desde la niñez, ha estado familiarizado con el mar lo habrá escuchado alguna vez: cuando el narrador se ve atrapado por un remolino no debe malgastar inútilmente fuerzas tratando de escapar; por el contrario, debe seguir el camino más peligroso en apariencia, dejándose succionar hasta el vértice del embudo; una vez allí la misma fuerza que lo ha absorbido lo expulsará, de nuevo, a la superficie.

Los que no han soñado con atravesar el mar probablemente han querido siempre, incluso en sueños, estar al margen de todo peligro. Nunca comprenderán la travesía del Maëlstrom y es ocioso tratar de contársela. Sólo los que han soñado, y sueñan, con atravesar el mar saben que el camino más peligroso no es, en todas las circunstancias, el peor. Muchas veces es el único que permite afrontar, en su mayor profundidad, la experiencia de la vida. Lo podemos deducir del relato de Poe: hay un Maëlstrom para cada uno de nosotros. Únicamente quien lo percibe puede llegar a intuir el hechizo inagotable de la línea de horizonte.

Rafael Argullol